

Coágulo

Kevin Reynaga



Image not found.

Capítulo 1

I

Vi un foco fluorescente con cuatro tubos doblados, que se multiplicaban y arqueaban formando un círculo del que irradiaban arcos cuyos extremos llegaban a juntarse en el punto de partida, y el círculo crecía mientras los aros disminuían de tamaño. Se transformó en un trampolín visto desde arriba en el que saltaba y en medio del trampolín estaba impreso el rostro de una chica con la mirada fija. Cada brinco era un golpe a la nariz de la chica real en cuya imagen saltaba, como un muñeco vudú, hasta que la sangre salpicó.

Primero cayeron gotas y después se convirtió en fuente, un chorro sin turbulencia lento y constante. Caí en el charco y empequeñecí hasta pararme en la concavidad de un glóbulo rojo. Era mi nave y la corriente señalaba su ruta, yo observaba. Seguí encogiéndome hasta la longitud de una bacteria y sentí la persecución. Un fagocito me gustaba como el intruso que era: nadaba en todas direcciones, huyendo, chocando con hematíes. Me movía irrealmente rápido, ilógico comparado con la cantidad de plasma sanguíneo que desplazaba con las manos y que servía como impulso. Si no hubiera sido por esa velocidad antinatural habría sido fagocitado. Sin aviso mis ojos me decían que los cuerpos celulares se encogían y las distancias disminuían acercándose a mí como si fuera el epicentro de su reducción. El leucocito medía ya la mitad de mi estatura y confundido me tanteaba ¿aún tenía el deber de engullirme? Lo intentó pero su masa celular no me podía contener. Desistió. En venganza le lancé un golpe y sentí como si mi puño se hundiera en gelatina, amortiguado por citoplasma y una membrana flexible que cubrió mi mano y llegó hasta la mitad del antebrazo. También desistí.

Fluía junto a glóbulos rojos con el diámetro de una pelota de basketball (cualquier comparación de tamaño carece de sentido, usaré esa), truncada por los extremos: discos bicóncavos gruesos de bordes curvos; plaquetas pequeñas con espinas blandas de siluetas caprichosas; y glóbulos blancos en reducido número de los que no tenía que preocuparme, se acercaban a mí y retrocedían indecisos. Formaba parte de la fase sólida.

Primero vi una pared, luego la otra y en poco tiempo me encontré aprisionado; por suerte las paredes eran más flexibles que rígidas y no me oprimían tanto así que al esforzarme un poco por cambiar de posición la corriente contenida me impulsó en mi camino más rápido que antes. Empecé a avanzar dando tumbos, trabado y liberado tras frenéticos movimientos. Una ansiedad claustrofóbica latente empezó a extender hifas por mi mente alimentándose de la poca valentía almacenada y de la claridad mental que tanto necesitaba para mantener la calma y pensar en

la situación sin desesperar. En el último bloqueo logré salir a duras penas asumiendo la posición más recta posible con brazos extendidos sobre los costados y espalda derecha. Finalmente quedé atorado como un trozo de fruta en un popote, completamente vertical. Yo era el trozo de fruta y la vena el popote. No quería morir asfixiado en el abrazo constrictor de una pitón sanguínea. Las paredes, aunque flexibles, aumentaban su presión gradualmente y las células eran ya pequeños globos (plenamente glóbulos). La claustrofobia nació por completo en mí con desespero y agitación. Forcejeé con todas mis fuerzas y de nada sirvió. Clavé mis uñas en las paredes haciendo lo posible por romper el epitelio.

La vena se reventó y quedé inmerso en carne. Por primera vez en este viaje estuve a oscuras ¿de dónde venía la luz que me acompañó hasta ahora? Seguía comprimido, incrustado en músculo como un sarcoquiste. Cuando crecí lo suficiente desgarré la piel y experimente el choque de temperatura; contrastaba mucho con la calidez corporal en la que fluí anteriormente. Tosí plasma que cayó en el charco de sangre en el que yacía acostado, tal como un recién nacido tose líquido amniótico, envuelto en paños de carmesí. Una cuadrícula se extendía sobre mí sin que llegara a verse su final en ninguna dirección, las fibras azules formaban cuadros por donde se filtraba luz blanca.

Moría de frío ¿sabían que mientras más pequeño es un animal mayor es la relación entre su piel y su masa? Eso se traduce en una pérdida de calor más rápida al compararla con la de un animal más grande, mantener la temperatura de un cuerpo tan pequeño como el mío en ese momento requería el acelerado metabolismo de una musaraña que obviamente no tenía. Temblores involuntarios me dominaban, el músculo tratando de calentarse. Más que temblores eran sacudidas violentas respondiendo inútilmente a un llamado de mantenerme vivo. Me aferraba a la vida a través del hilo de calor del cuerpo en el que descansaba acostado. Su pecho había empezado agitado pero ahora se mantenía estático, sin subir ni bajar. La poca luz que entraba a través de la blusa, violeta ya por el sangrado, se acercaba e iba desvaneciéndose, me diluía a gotas en inconciencia.

Dormí en olvido sobre un seno muerto.

II

La noticia de la chica muerta por embolia en la sala de videoconferencias fue muy sonada. Algo menos conocido y que nunca estuvo en las versiones oficiales (salvo medios amarillistas) se extendió como rumor: una perforación en su pecho y la existencia de un homúnculo bajo la blusa...

Se dijo de todo, desde que la chica estaba metida en prácticas ocultistas y fue el sacrificio de un ritual hasta que el homúnculo era un experimento

secreto, no ético por cierto; en misma proporción explicaciones "científicas" y sobrenaturales. No faltó quien dijera que el homúnculo era guardado en formol en el laboratorio de veterinaria o que si te sientas en la butaca donde murió escuchas lamentos de ánimas y te enfrías como un muerto; el nacimiento de una leyenda urbana, pues. Las historias eran demasiado fantásticas como para que alguien las creyera de verdad.

Las cosas eran diferentes para mí. No había luz cuando empecé a imaginar surreales figuras transformándose, estaba aburrido. Fueron segundos en cada imagen mental y no controlaba los cambios pero creía hallarme plenamente consciente. En algún momento prendieron los focos de la sala pero mantuve los ojos cerrados. Ni siquiera fue una ensoñación tan vívida: eran más bien esbozos de imágenes en un fondo negro amorfo y rugoso, salpicado por claridades indefinidas. Los colores eran sugerencias, nada claro ni brillante; algunas figuras eran simples líneas blancas en movimiento. La pseudo visión acabó conmigo emergiendo del pecho como la flor del poema "A veces" de Guillén.

Hubo conmoción en la sala, la gente se amontonaba y los que no sabían que pasaba sólo hacían ruido. Quería saber qué ocurría. Cuando finalmente pude ver entre la masa de cuerpos que estorbaban la visión fue como una flecha directo al corazón, el tiempo se detuvo: era la chica, la cara que había imaginado. Tenía la mirada perdida y eterna, la boca entreabierta. De su nariz salía sangre regando el labio superior. En mi soñar despierto emergí con mi tamaño completo, tumbado sobre ella. En la realidad murió en silencio, sin movimiento. Una brecha insalvable se extendía ante mí, la correspondencia entre lo surreal y lo real.

¿Los sueños pueden afectar el mundo físico? Suelo estar en negación, mi racionalidad entera grita no. Pero vi la mancha en su blusa, violeta por la superposición de la sangre y el azul de su camisa, para ello no hay explicación que me convenza. Y entonces pregunto ¿debajo de la tela había un minúsculo yo? Cuando cierro los ojos y pienso en círculos veo su rostro mirándome.